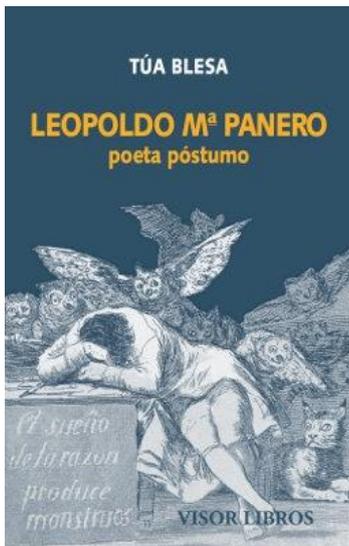


## PALABRAS PARA ACOMPAÑAR LA LLEGADA DEL CREPÚSCULO

Túa Blesa, *Leopoldo María Panero, poeta póstumo*. Madrid, Visor, 2019, 567 pp.



Las 567 páginas de *Leopoldo María Panero, poeta póstumo* vienen a sumarse a las 190 que el autor de este volumen dedicara a esta poesía en *Leopoldo María Panero, el último poeta* (1995), las 48 distribuidas en diferentes artículos recogidos en *Tránsitos. Escritos sobre poesía* (2004), las 93 repartidas entre las sucesivas ediciones de la poesía, los cuentos y las traducciones / perversiones preparadas por el propio Túa Blesa, el lector, sin duda, con mayor autoridad sobre la escritura paneresca. Quiero decir con esto que de lo que se trata en este momento es de dar testimonio de una pasión y un compromiso con la escritura de un poeta mantenidos a lo largo de muchos años de lectura e interpretación. Mucho más allá del personaje en que finalmente se convirtió, Leopoldo María Panero es un poeta singular y relevante, y Túa Blesa ha sabido dar cuenta de ello con una inteligencia y un rigor incontestables.

Es un hecho innegable que L. M.<sup>a</sup> Panero es un poeta esencial en nuestra contemporaneidad, una voz que desde el margen y la excepcionalidad permanentes ha conseguido convocar a un considerable grupo de lectores que ha encontrado en su escritura un llamamiento constante a la insubordinación (est)ética, un poeta que —arrastrado y devorado por el personaje singular que lo acompañó durante gran parte de su vida— ha logrado que las tiradas de sus libros superen con creces la media de las ediciones poéticas que ven la luz por estas latitudes. En poesía, a veces ocurre que los lectores responden con su atención cuando se dan condiciones de singularidad, y en este caso así ha sucedido. Por lo demás, habría que recordar que una editorial ocupada desde hace décadas en la construcción de la historia de la literatura española y sus procesos de canonización, Cátedra, ya prestó interés por este poeta al encargar a J. Talens la edición de la antología *Agujero llamado Nevermore (Selección poética 1968-1992)*; corría 1992 y con ese volumen la colección Letras Hispánicas abría sus puertas a los *novísimos* (de hecho, Panero fue el primer poeta nacido tras la guerra civil en reunir en dicha colección una muestra significativa de su obra publicada hasta ese momento).

A estas alturas, muy probablemente resulta innecesario señalar el hecho de que nos encontramos ante un alquimista de la palabra que convirtió el lenguaje —y con él ciertas metáforas asociadas a la

destrucción y a la muerte— en un motivo recurrente, casi obsesivo, a lo largo de una trayectoria iniciada en 1968 con la *plaquette* *Por el camino de Swann* y que se cerró en 2014, con la muerte del poeta (con más de sesenta libros en su haber, se dice pronto, la inmensa mayoría de poesía, a los que hay que añadir algunos otros de narrativa, ensayo y unas traducciones). Aquel acontecimiento editorial de 1992, primero, y después los análisis de algunos lectores —entre ellos, el imprescindible y ya citado trabajo de T. Blesa *Leopoldo María Panero, el último poeta* (1995)— contribuyeron sin duda ninguna a la *iluminación* de un poeta etiquetado con frecuencia como *marginal, maldito y heterodoxo* por una crítica a menudo *acrítica*, reacia al rigor, amiga de la interpretación más simplona y partidaria del encasillamiento y el epíteto más espectacular, cuando la realidad parece indicar otra cosa y los editores —conscientes de que se trata de un escritor con un considerable tirón comercial— no cesaron en ningún momento en el intento de conseguir un nuevo inédito suyo.

Y ahora, en Visor, que desde 1979 ha prestado una atención regular a este poeta publicando, entre otros, los dos volúmenes de *Poesía completa. 1970-2000* (2001) y *Poesía completa (2000-2010)* (2012) y las *Traducciones / Perversiones* (2011), editados todos ellos al cuidado del mejor conocedor de esta escritura, T. Blesa, quien ha acompañado asimismo la edición de los *Cuentos completos* (Páginas de Espuma, 2007), diferentes registros de una escritura que ha de leerse como un todo que avanza con frecuencia por realimentación. Ahora, como digo, en Visor se publica *Leopoldo María Panero, poeta póstumo*, la puerta que necesariamente tendrá que atravesar todo aquel que quiera adentrarse en la letra y el espíritu de esta escritura.

Aunque con diferente intensidad y con desigual acierto crítico a lo largo de su obra, Panero, en ocasiones verborrágico (hay imágenes que se repiten hasta la saciedad, como *metáforas obsesivas* de una vida diluida en *logoi spermatikoi*), intentó construir un lenguaje en las fronteras de la literatura, traspasando con frecuencia sus contornos, como si la institución literaria dibujara un paisaje demasiado angosto, sus límites le resultarían insoportables y tuviera la necesidad de experimentar constantes intentos de huida, y ahí quizás radique alguna de las razones por la que esta poesía no ha sido institucionalmente reconocida ni distinguida con ningún premio de alcance nacional en una sociedad como la española, en la que los galardones literarios son moneda común, objeto de trapicheo, tratándose, sin embargo, de una poesía que es una y otra vez contestada con la respuesta de la lectura, el mejor, sin duda, de los premios posibles. Nos encontramos, como señala el autor de este ensayo, ante «una obra que, curiosamente, suscita desde hace años entre los lectores un interés raro en lo que es el mercado de la poesía» (p. 16).

Durante todos estos años, Túa Blesa, al margen de otros muchos trabajos (ahí están sus análisis sobre las obras de Ignacio Prat, Pere Gimferrer, José Miguel Ullán, Ferrer Lerín, Eduardo Hervás, Jenaro Talens, por citar solo algunos nombres coetáneos del propio Panero), ha mantenido de manera permanente la mirada crítica sobre esta obra poética, que aquí en gran medida se lee como una «experiencia de la muerte» (p. 19), un magnífico ejemplo de la literatura de vanguardia —Panero conecta en sensibilidad e intereses con algunas de las vanguardias históricas (cuyo legado es

justamente valorado y reivindicado por el autor del ensayo)—, y, a la luz del pensamiento postestructuralista, un *relato* en el que la destrucción, el silencio y la nada son ingredientes sustanciales. Y Blesa ya demostró una enorme solvencia al leer estos ingredientes en *Logofagias. Los trazos del silencio* (1998).

Si es cierto que toda escritura desfallece en el momento en el que la lectura inicia su actividad letal basada en el análisis y la comprensión del texto, la poesía de Leopoldo María Panero resulta, como se muestra en este estudio, una práctica extraordinariamente dinámica y vital puesto que ofrece un alto grado de resistencia a ser reducida en lecturas orientadas por el tópico, la norma, la costumbre o la inercia, prácticas habituales de buena parte de la crítica académica. El descentramiento y la diseminación que a menudo Panero pone en marcha en sus textos exigen de su lector una mirada y un lenguaje dispuestos a contemplar otros paisajes y a traducir otros registros diferentes de los habituales. Quien firma este ensayo ha sabido mirar y ver lo que esta escritura oculta entre sus trazos, ha sabido escuchar los sonidos del silencio con que se presenta un habla que suele resultar impronunciable y sorda para la mayor parte de la crítica. Me consta que Túa Blesa ha trabajado siempre, en este sentido, con un rigor extremo. Prueba de ello es este *Leopoldo María Panero, poeta póstumo*, un trabajo ineludible para aquel que quiera acercarse a esta obra poética.

Panero apuntaló su lenguaje poético sobre la lectura, la intertextualidad y la confluencia de diferentes voces y registros que acabaron configurando un *mantra* de fácil reconocimiento e identificación —Blesa se refiere a «esa pulsión por la repetición temática y formal que es tan característica de la escritura del poeta» (p. 22)—, un lenguaje concebido a la manera de un laberinto —se habla aquí de «recorrido laberíntico» (p. 22)— cuyos senderos parece condenado a recorrer una y otra vez, o de un barreno —la metáfora es de J. Marco— utilizado para perforar la realidad y acercarse así lo más posible a su centro, ese núcleo oscuro e inquietante que revela una palabra poética orientada hacia *la pensée du dehors* foucaultiana, un pensamiento en el que el sujeto que habla ya ha sido desplazado por su propio discurso y donde la literatura se entiende como el espejo que nos devuelve una realidad insoportable. Y todas estas cuestiones que surgen en estos escritos deberían verse —me parece a mí— como indicios de una *poética*, constituyentes de una idea de lo literario que Túa Blesa hace radicalmente suya y que se encuentra, creo yo, muy próxima a la que Foucault propugnara en *El pensamiento del afuera* (recordemos, ese texto que apareció por vez primera en un número de la revista *Critique* dedicado a Maurice Blanchot)

He ahí, quizás, uno de los objetivos prioritarios a los que responde este lenguaje, me temo que no alcanzado puesto que el panorama poético contemporáneo responde más a las leyes de la mercadotecnia que a las de la estética, continúa prestando más atención a los nombres de los poetas que a las propuestas de escritura, más a los fuegos de artificio y las anécdotas protagonizadas por los personajes —las máscaras— en el siniestro circo mediático de las relaciones sociales que a los propios textos literarios, más a las listas de éxitos y los cánones que intentan construir unos suplementos literarios cada día más plegados al servicio de determinados intereses comerciales que a las vías a

menudo subterráneas por las que transcurre con frecuencia la poesía, al menos cierta poesía, como es el caso de esta que aquí nos ocupa. El ensayo de Túa Blesa, concebido a la contra de estos intereses, es una rara y feliz excepción en la crítica poética de este tiempo.

Alfredo SALDAÑA  
Universidad de Zaragoza

TROPELIAS